

SANTIAGO LÓPEZ CASTILLO

# LAS ALIAGAS

algaida



Primera edición: septiembre 2008

© Santiago López Castillo, 2008

© Algaida Editores, 2008

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-128-2

Depósito legal: M-30.524-2008

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización. AA

## ÍNDICE

I. LA MARCHA .....	11
II. IBAN PERO NO VOLVÍAN .....	35
III. LA OPRESIÓN, LA ANGUSTIA.....	147
CODA .....	275



A mi madre, que tanto quiero y a mi perro  
Niebla, que siempre fue por delante de los  
hombres.

*A la inmigración: Soñé que tú me llevabas /  
por una blanca vereda / hacia el azul de las sierras /  
hacia los montes azules / una mañana serena...*

(A. MACHADO)



I

LA MARCHA



**L**OS DÍAS HASTA LA MARCHA SE CONTABAN POR EL número de gallinas. Pedro se iba al corral y agarraba a la primera que pillaba. Sus manos eran toscas pero hábiles y resueltas. Habían dado mucho yeso y mucha cal y estaban agrietadas por los últimos trigales rebeldes a hoz y a zoqueta. A la gallina la inmovilizaba entre las piernas. Casi en cuclillas le metía un tajo en la cabeza; chorreaba la sangre, una sangre sanguina, que cuando llegaba al plato se hacía más oscura, renegrada, viscosa. El animal, hasta su muerte, había pataleado desesperadamente a dos patas y a dos alas; patas amarillas, abiertas las garras, águila rampante. Luego, llegado el estertor, Pedro la dejaba caer contra el suelo, rebotaba el cuerpo acolchonado de plumas y ponía en la sangre dos pajas en forma de cruz para que no se licuara. Entonces la pobrecilla estiraba la pata.

Nunca se paró a pensar lo que hacía. Si hacía hambre, y no había de dónde tirar, se tiraba. Junto a la casa se hallaba el corralito. Estaba vallado con tela metálica, zurcida a espinos porque en varias ocasiones lo intentaron

los zorros hambrientos y los perros caninos. Desde que decidieron salir del pueblo, las pintas juntaban dos docenas. Siempre andaban refunfuñando; bueno, un cacareo mareante como de poner huevos. Cuando Pedro se aproximaba para escoger una a voleo, todas se acercaban a él creyendo, inocentes, que traía comida, quizás unas hojas de berza, un puñado de avena o tres granos de trigo. También fueron cayendo los conejos, que vivían cautivos en cajoneras. Éstos morían a mano abierta, de golpe certero en la nuca y siempre boca abajo. *Golpe de conejo*, que se llama.

—*Pasébamos* mucha hambre —dice hoy Piedad, la mujer de Pedro, para una televisión autonómica, que ahora están en todo, se compran y se venden los testimonios—. Fue el párroco, don Nicolás —sigue comentando—, quien nos dijo que había unos señores de Guadalajara que tenían una finca en un monte y que querían unos guardeses, a ser posible extremeños, porque son buena gente y trabajadores. Apenas lo pensamos: mi marido, que aquí le tienen, bueno como un santo pero un poco pasmarote, todo hay que decirlo, no meneó la cabeza. Vamos, dijo sí. Y nos fuimos. La Patricia tendría dos años y Pedrito acabaría de cumplir los cuatro.

**T**ENÍAN UN 850. «ERAN LOS AHORROS DE LOS JORNAL-  
les de mi Pedro, hoy mi esposo, que estuvo traba-  
jando en la presa de Aldeadávila.» Habían rodado  
muchas piedras y muchas cabezas y muchas esperanzas.  
Piedad y Pedro eran naturales de la Moraleja; no la de  
Madrid, la rica y hacendosa de Rocíos y Rociítos, belludas  
Pantojas, Anitas Fantásticas, etcétera. No. Es ese pueblo  
que quiere encaramarse hasta Ciudad Rodrigo, que es  
ciudad en satén rosa de obispo, creyente y culta. La mise-  
ria revoloteaba por las calles del pueblo igual que los mo-  
linillos de viento de las choperas. Y no digamos cuando el  
sacerdote se presentaba los sábados por la tarde en la ige-  
sia para dar la catequesis. Sacaba roña detrás de las orejas  
a la chavalería. Agarraba un cristal de culo de botella y  
nos rascaba igual que si fuéramos gochos. Luego se iba a  
echar la partida al bar del Lucas y ya estaba el alcalde con  
las perras amontonadas, las gordas a un lado, las chicas a  
otro, las rubias, en medio, y si algún forastero se ponía  
chulo, con los nudillos levantaba el pelo del tapete, o co-

locaba un billete de cien arreguñado y retador que aplastaba con un mechero plano de gasolina o si no, llamaba a la Resu y le decía: «Tráeme una piedra». Y la ponía. Cuidadito con las bromas. También se llegaba el señor médico, de nombre Alfredo, don Alfredo siempre, que no le daba por las cartas sino por los botellines con cacahuetes, pero era de obligado cumplimiento participar en la suerte de la mesa. Al que no le daba por el mus ni por el tute era al cabo. El cabo se echaba unos chatos en la barra —«guarra, limpia los reles», le decía el Lucas a su mujer— y, si cuadraba, veía de paso el *parte* de la tele. El guardia no tenía hora; aparecía misterioso como un corzo a la anochecida. Olía la frasca igual que el cévido la sal y el agua. «No me dejan en paz estos jodíos mierdas...», comentaba mientras apollaba su brazo sobre el mostrador, cansado de apuntar, de dar mandobles a los gitanos, peste de gente. Se hacía acompañar, como era preceptivo, por un número, Celestino Rodríguez Bailón, natural de La Lentejuela, provincia de Córdoba. En cuanto la pareja caía por allí, ya estaba la Resu poniendo la oreja. Le encantaba oír el último servicio. Pero Desiderio, o sea el número, que tenía el olfato de la garduña, se percataba del cotilleo de la cantinera (hacía que limpiaba las botellas, especialmente una de vidrio coloreado en forma de torero, daba para mucho trapo, que si la taleguilla, la montera, la faja, las zapatillas...); se la ponía enfrente —es decir a la Resu—, apoyaba la barbilla sobre los nudillos de las manos y la espetaba: «No metas las narices, so zorra, que son secretos de Estado. A ver si voy a tener que coger la *compañera* y te *afusilo*...». Luego se reía.